

**PodLectio**  
**29/03/2025**

***Meditación de fray Rafael Sube, Convento de la Visitación -Ein Karem***  
**(Sabado de la III semana – Lc Lc 18,9-14)**

Buenos días, soy el Padre Rafael y tenemos la gracia de volver a compartir la reflexión del Evangelio de este Tercer sábado de Cuaresma desde la Visitación de María Santísima, María es la fuente principal del Evangelista Lucas.

Cuando Jesús habla siempre tiene en cuenta a quien le habla, su intención tiene destinatarios elegido, de ahí que su mensaje sea directo y claro, para que entienda quien debe entender, es decir los que se creen santos y perfectos, y Lucas, aprendiendo de Jesús, sabe perfectamente para quien escribe su Evangelio, para los paganos y pecadores que necesitan de la Misericordia de Dios, anhelan la ternura de Dios. Es así que el Evangelio de este día nos enciende una luz para prevenirnos de un peligro que todos corremos, especialmente los más devotos, los cristianos que más rezan, los que más oración hacen, el riesgo es creer que por rezar somos mejores que los otros. Que yo tenga fe, en caso de que la tenga no me hace ser superior a quien no tiene este don. La fe y la oración nos tendrían que llevar a descubrirnos cada día más humanos. La fe es cuando descubrimos en nosotros nuestras miserias y en Dios la misericordia. Experimentar la Misericordia divina en mis errores y en mis faltas es fe. Es por eso que Jesús nos dice en esta parábola que la lógica de la verdadera oración es la humildad, la humildad de reconocerse pecador y necesitado del perdón y del amor de Dios. El fariseo del Evangelio podría ayudarnos para saber cómo es nuestra oración, como es mi relación con Dios. Él no reza, sino que le presenta a Dios todas las cualidades que tiene, todos los mandamientos que orgullosamente observa, en otras palabras no necesita de Dios ni de su perdón. Necesita que Dios le reconozca sus méritos.

Sin la humildad no podemos relacionarnos con Dios ni con los demás. En algunos momentos de mi vida creo que Dios es el que debe agradecerme por lo bueno que soy y por toda la oración que hago. Siento que Dios me ama porque soy muy bueno y devoto. Me olvido que Dios me ama precisamente porque soy muy publicano, es decir muy pecador, públicamente pecador. Le pido a Dios que mi gran devoción no me lleve a despreciar a los demás, a los que no rezan sino a darme cuenta de mis límites. Solamente quien recuerda sus caídas, sus faltas y sus pecados puede bajar de la oración a su casa justificado, no por sus méritos sino por la Misericordia y el Amor de Dios.

¡Paz y Bien!